



Mundos diversos: cuentos de jóvenes narradores

Antología del taller de narrativa

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Mundos diversos: cuentos de jóvenes narradores

Antología del taller de narrativa



Colección Creadores Universitarios: Narrativa | Vol. I

Mundos diversos : cuentos de jóvenes narradores / Nadia Altamirano, (coordinadora). -- Primera edición. -- México : Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2026.

44 páginas : ilustraciones (Creadores Universitarios : Narrativa ; 1)

ISBN 978-607-2646-70-4 (volumen)

ISBN 978-607-2646-69-8 (colección)

1. Ciencia ficción mexicana 2. Autores mexicanos

LCC PQ7276.5.S33 DC 863.44

Esta publicación contó con el apoyo de la Secretaría de Extensión Universitaria de la UAEM, a través de la Dirección de Cultura.

Mundos diversos: cuentos de jóvenes narradores

Ollin Villalón Villarreal, Luis Alfredo Estrada García, José Guadalupe Maya Muñoz, Alexis Antonio Pacheco González y Zaira Taide Vázquez Puentes
Primera edición, marzo de 2026

D.R. 2026, Ollin Villalón Villarreal, Luis Alfredo Estrada García, José Guadalupe Maya Muñoz, Alexis Antonio Pacheco González y Zaira Taide Vázquez Puentes (autores)

D.R. 2026, Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Av. Universidad 1001, col. Chamilpa
CP 62209, Cuernavaca, Morelos
publicaciones@uaem.mx
libros.uaem.mx

Cuidado de la edición: Zaira Taide Vázquez Puentes

Ilustraciones: Paul André Saft Brug

Corrección de estilo: Paz Lavín

Diseño de interiores y portada: Sofía Soriano Amador

Coordinadora editorial y cuidado de la edición: Nadia Altamirano López

ISBN colección Creadores Universitarios: Narrativa: 978-607-2646-69-8

ISBN vol. I: 978-607-2646-70-4

DOI: 10.30973/2026/creadores_universitarios_1



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Licencia Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).

Mundos diversos: cuentos de jóvenes narradores es el resultado del taller de narrativa impartido por Nadia Altamirano (en los periodos: ene.-jul. y ag.-dic. 2024), que forma parte de los talleres de literatura que oferta y coordina la Dirección de Cultura de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Hecho en México

Fragmento II

Ollin Villalon Villarreal

Los primeros rayos del sol trataban de traer un poco de calor, mientras el último suspiro de la tormenta nocturna lo impedía. Zery se había despertado temprano y ya corría colina arriba para encontrarse con Balhar, su hermano, que regresaba de ver a su abuelo. El abuelo venía cada cinco años y siempre traía buenas historias de sus aventuras. A Balhar le encantaba escucharlas y darles nueva vida al jugar con Zery.

Los rayos del sol calentaban la cara de Zery mientras la brisa del mar enfriaba su espalda. Un olor a tierra húmeda perfumaba la colina que vestía hierbas aterciopeladas. A lo lejos se movía una figura que poco a poco cobraba forma y esto dibujó una sonrisa en Zery.

—Zeeryyy ya llegueé —se alcanzaba a escuchar a lo lejos la voz de Balhar, ella corrió para encontrarse en un abrazo que los hizo rodar por encima de la hierba. Un destello rojo deslumbró a Zery, quien de inmediato fijó la vista en el cuello de Balhar.

—¿Qué llevas en el cuello?

—¿Te gusta? —replicó con un aire de orgullo—. Es un fragmento de dragón, me lo regaló mi abuelito, lo consiguió en una de sus aventuras.

—Fragmento de dra... ¿qué?

—¡De dragóoon! Me dijo mi abuelo que son unos monstruos casi tan grandes como los tórbilos, ¡pero pueden volar! Y son mucho más peligrosos.

—Y esto... ¿Es de su piel?

—¡Esa es la mejor parte de la historia! No es su piel, pero me contó que para poder cazarlos necesitas un hechizo especial, y si funciona, se transforman en muchos de estos fragmentos y cada uno es un recuerdo del dragón.

Zery se quedó atónita imaginando la escena. Balhar estaba tan emocionado que no lo notó, la tomó de la mano y empezó a caminar con prisa, el tirón de mano la trajo de regreso al presente.

—Ven, encontré una nueva cueva que quiero mostrarte.

Al costado de la colina se formaba un acantilado por el cual caminaban, Zery tenía resistencia a seguir adelante, reconoció ese camino y sabía que se meterían en problemas si seguían por ahí.

—¿No hay otro camino? Recuerda que todos se enojaron mucho aquella vez que caminé por aquí.

—Es el camino más corto, la cueva tiene otra salida, pero esa...

Un rugido los interrumpió, Zery dio un par de pasos atrás.

—No te preocupes, esto nos protegerá —dijo Balhar, levantando su collar que reflejaba destellos rojos.

—Además se escuchó del otro lado; no está cerca, insistió.

Retomaron su camino, al llegar a la entrada de la cueva, era demasiado grande y profunda en comparación con las decenas de cuevas que habían explorado antes.

—¿Verdad que es la mejor cueva?

Zery no podía contener la emoción, en sus ojos apareció un fulgor que Balhar conocía muy bien.

—Sabía que te gustaría...

Antes de que Balhar pudiera terminar, Zery ya estaba adentrándose en la cueva.

Un par de décadas después, en una habitación oscura, un fuego moribundo intentaba iluminar la estancia. Una silueta femenina que se deslizaba hacia las brasas, se agachó para sentir el calor del fuego.

—Y esa fue la última vez que alguien lo vio con vida.

Dijo apretando el abdomen y los dientes, pero un suspiro cargado de tristeza se le escapó, a pesar de su intento por contenerlo. Tras incorporarse, volteó para encontrar la mirada de sus interlocutores y un pequeño destello rojo se escapó de su cuello.

—Eso es todo lo que puedo decirles, espero que les sea de utilidad.

—Por supuesto que sí señora, lo entendemos —dijo uno de los hombres que estaban en la habitación mientras le indicaba a su compañero, con un sutil pero firme empujón, que era tiempo de irse.

—Buenas noches... —se quejó el acompañante mientras se movía en dirección a la puerta.



El animita

Luis Alfredo Estrada García

Por aquel noviembre de 1866, corrían los vientos refrescantes previos al invierno en el desierto sudcaliforniano, cuando esas tierras eran de las pocas posesiones que le quedaban al Segundo Imperio Mexicano, ya en decadencia.

Fulgencio era un soldado joven que se encontraba de permiso, disfrutando de un tiempo con su familia y en especial con su único hijo, Pablito de 10 años. Lo que más le gustaba era bajar a la playa a pescar, sentarse a la fogata y hacer charras con los ancianos de los ranchos cercanos.

Su descanso duró un suspiro, ni siquiera para recuperarse de la fatiga de tantos meses encuartelado. Recientemente el gobierno del territorio peninsular se tornó a favor de la monarquía extranjera y depusieron al mandatario liberal. Casi de inmediato al saber la noticia, le ordenaron presentarse al cuartel y jurar obediencia absoluta al nuevo gobernador y al emperador. Con abatimiento se despidió de su esposa y su hijo, a quienes ya extrañaba antes de partir.

El cabo Crispín, a cargo del batallón enclaustrado, reunió a los soldados e informó que el actual mandatario limpiaría la península de caudillos y sediciosos contra el imperio, por lo que el deber del batallón era detener y ejecutar a todos aquellos contrarios a las órdenes. Al alba de uno de esos días de eterna vigilancia, se le llamó a Fulgencio y a otros compañeros a una orden de fusilamiento a las afueras del cuartel. Él pensaba que iba a ser una ejecución más de bandoleros, desertores o de desaparecer a alguna persona.

—Silverio, ¿y ahora a quién vamos a petatear?

—A un tal José Manríquez —contestó indiferente—, dicen que planeó derrocar al gobierno. Es héroe del territorio.

—¿A poco? ¿Pus qué hizo?

—Pus, dicen que estuvo contra el capitán Zerman cuando sitió el puerto, eso pasó hace como 10 años. Peleó contra los piratas que nos invadieron en el 53. Ayer lo azotamos entre varios —y con sangre fría

dijo—, lo golpeamos en la cara, las costillas...está *refuerte* el *hombrón*, aguantó sin quejarse.

Mientras conversaban y preparaban los fusiles, el cabo los llamó para acatar la orden de ejecución a las cuatro de la tarde. Quince minutos antes de la hora prevista, el pelotón se formó para la descarga mortal. El cabo Crispín a caballo, jalaba un cuerpo, amarrado al cuello, lleno de llagas y laceraciones, con la ropa de manta rasgada y cubierta de tierra. Fulgencio vio el cuerpo del condenado entre la nube de polvo, le extrañó verlo muy pequeño. El cabo obligó a un soldado a levantarlo. Fulgencio quedó boquiabierto cuando observó que era un niño de 10 años y no el tal José Manríquez. Recordó que había visto al pequeño cerca del barrio y que había jugado con su propio hijo.

Silverio le dijo al oído:

—Es el hijo de Manríquez, se llama José Lino, no creí que el comandante lo iba a hacer.

—¿Qué cosa?—preguntó incrédulo de lo que veía mientras preparaba el arma.

—Cuando agarraron a Manríquez, el niño fue a pedir clemencia. Pero el cabo se lo negó porque Manríquez no le quiso dar información sobre los demás rebeldes, agarró al chamaco y le dijo que lo iba a fusilar.

—¿Y por qué no se la dio?

—Hasta donde sé, sí, pero el cabo es tan *cabrón*, que igual lo mandó a matar para aplacar a todos.

Fulgencio tragó saliva. Las manos le temblaron. Nunca había pasado por su mente que pudiera asesinar a un niño a pesar de la sangrienta guerra que vivía, le parecía irreal la frialdad de las acciones del cabo. Pensaba que esta acción iba más allá de la lealtad al ejército, se cuestionó la fidelidad hacia su propia gente y en especial a la de él mismo.

Dos soldados trajeron amarrado al padre del niño, entre otros prisioneros sediciosos para presenciar el sádico evento. El padre intentaba zafarse de sus captores para evitar la ejecución. Algunas personas curiosas del poblado se acercaron a ver lo que sucedía.

El cabo bajó del caballo y obligó al niño a pararse frente al paredón de fusilamiento donde leyeron la sentencia. El pequeño se tambaleaba, los expectantes no se explicaban de dónde surgían sus fuerzas para estar parado al verlo tan lastimado. El niño miró a Fulgencio como si lo hubiese reconocido. Le taparon los ojos con una venda mientras sollozaba;

después salieron sus lágrimas que se mezclaban con la sangre en su rostro. Los tambores sonaron, los soldados apuntaron y Fulgencio sudaba por los nervios, agarraba con fuerza el fusil para que no se le cayera, intentado tener el rifle firme.

—¡Fuego!—gritó el cabo Crispín, los disparos arremetieron contra el niño. Entre la nube de pólvora que se desperdigó por todo el lugar, Fulgencio no alcanzó a observar cómo cayó. Una vez disipado el humo, pudo ver el cadáver cubierto de sangre y tierra.

El padre de José Lino gritó:

—¡Hijito, mi niño! —e hizo estremecer a las personas que lo presenciaron. Los soldados lo soltaron y el hombre se abalanzó sobre su niño y lo abrazó con todas sus fuerzas, lo apretó contra su pecho como si quisiera devolverle la vida con los latidos de su corazón. El cabo lo obligó a cavar la tumba de su hijo y sin ayuda, lo enterró. La gente murmuraba y gemía por la traumática escena, algunas mujeres con velo rezaban el rosario, otros simplemente estaban sin palabras ante la incredulidad de lo sucedido. Después de la sepultura, a Manríquez se lo llevaron en un barco a una prisión en Sinaloa y nunca más lo volvieron a ver.

Fulgencio permaneció el resto del día con el ánimo decaído. Se fue a la cama por la noche, no podía dormir, el recuerdo era fresco, corrían con lentitud en su cabeza las imágenes de la ejecución. Después de unas horas de insomnio consiguió cerrar los ojos. Sintió que le tocaron el brazo derecho, percibió una mano pequeña y helada. Despertó, aún estaba oscuro y todos sus compañeros dormían. Intentó dormir, pero nuevamente sintió que lo tocaron, abrió sus ojos, miró a su alrededor y del lado de sus pies, lo vio. Era José Lino cubierto de sangre y mirándolo fijamente.

—No, niño, no, por favor, vete al cielo, yo cumplí con mi deber —decía con voz asfixiante.

El niño lo observaba con sus pupilas dilatadas de un negro profundo. El soldado se cubrió con la sábana y rezó para que el alma del niño se fuera al cielo. Después de unos minutos, se asomó y desapareció.

El joven soldado pasó varias noches semejantes. Gritaba al ver al niño cerca de su cama, en el paredón de fusilamiento o a las afueras del cuartel. Sus compañeros le decían que se relajara, pues era evidente que estaba atormentado por el remordimiento. Pasaron varias semanas, Fulgencio sentía que se estaba volviendo loco, no podía conciliar el



PSB

sueño por las noches, y durante el día, no podía mantener la vigilia en sus actividades. Sufrió varias reprimendas de su cabo y lo llegaron a castigar en la celda del presidio.

Harto de la situación, lloró de impotencia, quería volver a casa y no regresar al cuartel, que creía se encontraba maldecido por la muerte del niño. Cuando esto sucedió se cruzó con el cabo y éste le dijo:

—Maricón supersticioso, ya me enteré de que andas así por el escuincle que nos fregamos. Mira, putito de mierda, bájale porque me estás alterando al batallón o si no te voy a dar una *chinga* hasta que te hagas mierda en los calzones.

Fulgencio desgastado y temeroso de seguir pasando más días con las apariciones del niño, solicitó permiso de regresar a casa, el cabo se lo concedió a regañadientes.

Regresó a casa, lo primero que hizo después de abrazar a su esposa e hijo, se fue a la cama, en la cual durmió todo un día. Al día siguiente se fue a pescar a la bahía acompañado de Pablito. Sintió que la energía era recuperada como si de un hechizo se tratase. Mientras estaban en la lancha, el soldado recordó el fusilamiento de José Lino e imaginó que era su propio hijo el que estaba ahí frente al paradón. Se le revolviéron las tripas, sudó copiosamente y los ojos se enrojecieron de pensarlo, prefería pegarse un tiro en la cabeza antes de ver eso. De pronto, en el mar vio reflejada la figura de su hijo a la izquierda, y a la derecha la de un niño; era José Lino. Se espantó tanto que tiró la caña al mar, su hijo sorprendido preguntó:

—¿Qué te pasa, papá?

—Nada... vámonos.

Pensó “aún me persigue”. Pasó otros tres días en casa, en ese tiempo el niño se le apareció a lo lejos en las llanuras, entre los cactus, siempre con su mirada juzgante. Estaba seguro de que enloquecería y era el castigo de la animita.

Cuando regresó al cuartel, agotado mental y emocionalmente de las apariciones, buscó un consuelo tratando de averiguar si era el único a quien se le aparecía el niño. Al preguntar, unos no le contestaron, otros lo tiraron de loco y otros lo negaron, cuando le preguntó a Silverio puso cara pálida y le respondió:

—Ya no pasa nada, cabrón, es solo tu remordimiento.

—¿Entonces sí lo has visto?

—Ya no andes hablando pendejadas o te va a dar una madriz a el cabo y sabes de lo que es capaz el hijo de su... tómate una cerveza.

Silverio, que fingió indiferencia, habló de temas banales, pero para Fulgencio era obvio que él y todos mentían, estaban tan espantados como él. Pero se preguntó, qué quería el niño, por qué se aparecía tan insistente si él y los del pelotón de fusilamiento, solo cumplían órdenes.

Abatido por las circunstancias, Fulgencio salió del cuartel y pasó por el paredón de fusilamiento, observó varias veladoras, imágenes de la virgen y crucifijos, en ese momento cayó en cuenta de que el niño quería encontrar la paz y por eso se le aparecía, buscando tal vez que alguno de los ejecutores rezara por él. Aceptó su culpa de lo acontecido, se arrepintió de obedecer la orden, de acabar salvajemente con la vida de un pequeño, se preguntó: ¿de qué otra cosa era capaz por seguir una indicación de un superior? El soldado con dolor y aflicción empezó a rezar todas las noches antes de dormir por el alma del niño.

Con el pasar de los meses el imperio se derrumbaba y con ello poco a poco sus caudillos. Los liberales tomaban las riendas del poder, territorio por territorio. En Baja California Sur, el gobernador, en una jugada vengativa, antes de ser depuesto, mandó a prisión a todos los que sospechaba de ser contrarios al mandatario y después fueron fusilados. En esos días, a Pablito le gustaba ir a platicar con los rancheros, dijo con imprudencia que Benito Juárez pronto volvería a ser presidente e iba a castigar a todos los que estuvieran en su contra. Lo contó a modo de burla, por lo que los locales partidarios del imperio se enfurecieron y de chisme en chisme se esparció el rumor de que el niño y sus padres eran traidores. Los rumores llegaron a oídos de Crispín y mandó la aprehensión de ambos.

El cabo Crispín golpeó con la culata de su pistola la cara de Fulgencio. Mientras lo insultaba, lo mandó a ser pasado por las armas junto a su hijo al día siguiente. La noche previa a la ejecución, el soldado pensó que era causado por la animita. Se hincó en la celda, a la vista de sus compañeros, rezó a dios, a la virgen y a José Lino:

—Perdóname, niño. No debí seguir esa orden. A quien debí pasar por armas era a mi cabo, no a ti. Tú eras un almita inocente. Intercede ante diosito para que mi hijo por lo menos pueda ser perdonado, y a mí que me fusilen porque me lo merezco.

Pablito imitando a su padre se hincó a rezar. Los presidiarios murmuraban ante la escena. Esa noche, un huracán azotó el poblado, con sus

ráfagas titánicas y su tempestad monstruosa derribó árboles y casas. Un enorme mezquite dentro del presidio se quebró por el demoníaco viento y golpeó la pared de la celda donde estaban cautivos Fulgencio y su hijo. El viejo muro, sin mantenimiento y calcinado por el sol, se desplomó y la libertad estaba servida. Milagro o casualidad, él, su hijo y los otros cautivos huyeron a toda prisa, sin importar el clima. El ruido ensordecedor y el viento fueron sus cómplices en el escape.

Esa noche mientras los estragos del huracán cobraban factura a los pobladores y los soldados auxiliaban a los damnificados, Fulgencio y su familia huyeron al norte, no sin antes dejar una veladora encendida en el paredón de fusilamiento, durante el ojo del huracán. En ese momento la animita ya no se le apareció.

Poco después, el poder fue tomado por los liberales, el cabo Crispín fue capturado y enviado al paredón por sus crímenes. Cuando le estaban por colocar la venda en los ojos, miró a José Lino a un lado del pelotón. El terror lo invadió al ver el espectro, tanto que sintió que sus piernas flaqueaban, la garganta se le reseco y en las tinieblas de sus ojos vendados, apenas escuchó la descarga de las armas.

Tarde de lluvia

José Guadalupe Maya Muñoz

En cuanto escuchó el primer trueno, ella dejó de jugar. Se levantó del piso y corrió hacia la ventana. Observó el gris intenso de las nubes que cubrían el cielo y un relámpago que cruzó entre ellas, provocando que momentáneamente cerrara los ojos.

Unos segundos después cayeron las primeras gotas que se convirtieron en una intensa lluvia. Ese breve momento, frente a la ventana, fue suficiente para provocar en ella una corriente eléctrica que recorrió todo su cuerpo y llenó su casa con un grito de alegría. Por un momento, dudó si debía permanecer en casa o traspasar esa línea que, desde hacía ya varios meses, se había dibujado, por la seguridad de todos, para no ser blanco del virus que alcanzó al mundo entero.

Miró de reojo hacia la puerta de entrada de su casa y corrió. Su largo cabello voló hacia su cara, pero no le importó. Dio un brinco y alcanzó el pequeño jardín, ya anegado, que tenían frente a su casa. Se quitó los huaraches. La humedad del pasto se convertía en un cosquilleo que le hacía sonreír. Sus ojos se abrieron radiantes y sus oídos percibían la lluvia como la caída de una cascada que recorría su cuerpo hasta llegar al pasto.

Escuchó las voces de su mamá y de su papá que, sumamente sorprendidos al ver esta escena con su hija como protagonista, le llamaban para que regresara a casa. Parecía que había puesto a un lado su timidez. Respiró profundamente, abrió los brazos y echó a correr con una sonrisa que abarcaba el mundo entero; su corazón palpitaba intensamente. Dio vueltas y brincos, su cabeza se movía y sus cabellos, pesados por el agua, salpicaban de un lado a otro. Gritaba como si deseara que esta enorme emoción se filtrara por debajo de las puertas de cada casa hasta alcanzar a la gente. Reía, bailaba, hacía reverencias y sus brazos se movían al compás de su corazón.

Corrió hacia los jardines vecinos, que no permitían que ningún extraño invadiera su propiedad. Al escuchar su voz, que se esparcía

por todo el vecindario, los vecinos salieron de sus casas por curiosidad. Cuando vieron esta escena, la cara de cada uno de ellos se iluminó con una sonrisa, a pesar de que ella corría entre las plantas. Niños y niñas, también curiosos, se asomaron por las ventanas de sus casas, la vieron, sintieron cómo su sangre empezaba a correr más rápido en sus venas y corrieron a unírsele. Algunos se tropezaban, otros caían sobre el pasto, otros decididamente rodaban en los jardines, otros brincaban en los charcos y se embadurnaban de lodo las rodillas, los brazos y la cara, pero nadie se quejó, todos reían y gritaban dando rienda suelta a la alegría que habían mantenido reprimida detrás de las puertas de su casa por varios meses. Como para coronar el momento, los perros de los vecinos corrieron detrás de los niños, yendo de un lado a otro. Los perros movían su cola, se tiraban al piso dando volteretas, brincaban y ladraban...

Después de varios minutos, la lluvia bajó su intensidad, paulatinamente, hasta convertirse en una llovizna que invitó a los niños a bajar poco a poco la fuerza de sus risas, brincos y bailes, sin dejar de disfrutar el ambiente lleno de frescura, quietud y alegría compartida. Un rayo de sol apareció, los niños lo señalaron y volvieron a sonreír. Los perros caminaban, movían su cola, de vez en vez se paraban sobre sus patas traseras como para abrazar a sus dueños y aun al resto de los niños.

En un acuerdo sin palabras, comenzaron a caminar lentamente hacia sus casas, platicando sobre esta singular experiencia, que combinó la frescura de la lluvia con la calidez de compartir con otros niños. Ella acompañó a cada niño y niña hasta llegar al frente de sus casas, y se despidieron moviendo su mano y dibujando una enorme sonrisa en su rostro.

Mientras tanto, el sol salió y la llovizna no paraba. Un viento suave acarició las plantas; una fragancia exquisita y delicada llenó el ambiente. Pocos minutos después, apareció un arcoíris que coronó el cielo.

Ella fue la última en llegar a su casa, se había quedado absorta disfrutando el arcoíris, el viento apacible y el aroma de las flores. Al mirar a su mamá y a su papá, corrió para abrazarlos.

—Mi niña, ¿estás bien? —escuchó lejana la voz de su mamá.

—¿Qué te pasa, por qué miras a la ventana? —dijo su papá, intrigado por su mirada perdida.

En seguida, un segundo trueno retumbó en el ambiente.

—Nada, solo veía la lluvia —dijo ella, dibujando en su cara una sonrisa.

Lo que el Emperador ordena

Alan Carmine

1

Desde que llegué, he estado completamente solo en este enorme planeta. Tras haber pasado varios ciclos, continúo aquí porque vine con una simple misión: preparar la llegada del Emperador. No había nadie más capacitado para semejante labor. Como ingeniero geoespacial de la Corte Imperial, especializado en labores de colonización y terraformación, no precisaba la compañía de otra persona. Mis únicos acompañantes fueron las decenas de máquinas semiautónomas ideadas para tal labor. Estaba versado en robótica y programación lo suficiente para valerme con los robots encargados de realizar las actividades de: extracción de recursos, producción de materiales, sintetizado de compuestos, construcción de estructuras, mantenimiento de obras, terraformación planetaria, replicación y reparación de maquinaria y cosechadoras de organismos biológicos.

El viaje era de no retorno y debido a que duraba algunos años luz necesité hibernar un tiempo en estado de criogenización. Al llegar a las cercanías del planeta, la nave me despertó en automático, y al observar por la ventana me maravillé ante su magnificencia, pues el mundo era vasto como pocos, de un color marrón anaranjado que le confería cierto exotismo, esto debido a que la superficie se hallaba dominada por inmensos desiertos rocosos, aunque era valioso al estar posicionado en la zona habitable de su sistema solar, por lo que podría albergar agua líquida. Al tratarse de la futura residencia del Emperador, lo bauticé como Sedis Nova, en honor a su viejo hogar. Me acerqué a la órbita para comenzar junto a la inteligencia artificial de la nave: los diversos estudios geológicos, meteorológicos y geográficos. Hecho esto pude observar que el planeta contaba con siete continentes, aunque no poseía agua en estado líquido ni una fuerte atmósfera, por lo que la vida no había encontrado su camino en este desolado

mundo. Investigué cuál sería el lugar apropiado para construir la colonia, y tras analizar los sitios más adecuados, me decanté por una llanura ubicada en la región suroeste del continente más grande. Un lugar donde habría el espacio suficiente para expandir la colonia en un futuro, colindante con terrenos que serían cultivables y una geografía accesible para comunicarse con otras colonias. Eso sí, antes de bajar no me pude olvidar de dejar atrás un satélite que me permitiera informar a mi Señor, cuando la misión estuviese completada.

Al llegar a tierra, extraje la maquinaria, la programé y junto a ella comencé a trabajar en la construcción, lo primero que hice fue edificar una pequeña pero práctica base, desde donde me encargaría de dirigir las operaciones, para ello me valí de la recolección manual de algunos recursos fácilmente extraíbles de la superficie como el hierro, níquel, basalto o silicio. Luego de eso, instalé la primera extractora automática que me permitiría recolectar minerales de forma mucho más rápida y sencilla, así pues, inicié el proceso de construcción de las estructuras básicas: el domo, los centros de energía, la antena de comunicación, las estaciones de filtración del aire y producción de alimentos. Las máquinas y yo labo-ramos durante múltiples semanas hasta conseguir que la colonia fuese apta, segura y estable ante las adversidades del entorno. A pesar de ser pequeña, quería que fuese un espacio reconfortante, por lo que construí las edificaciones con la prestigiosa técnica Shinoin que otorgaba cierta forma a las edificaciones para que al pasar el viento entonara bellas melodías. Como era de esperar, al ser la primera colonia, resultó la más difícil de realizar, puesto que la extractora automática hacía solo eso; extraía, no procesaba. De manera que construir las primeras fábricas procesadoras sin los recursos listos entorpecía mucho el trabajo, todo a la vez que debía moverme con un traje espacial o de lo contrario me ahogaría ante la falta de oxígeno. Sea como sea lo conseguí, la colonia tenía el tamaño de una pequeña ciudadela con la capacidad para albergar a unos 10,000 habitantes, algo relativamente insignificante en comparación con las ciudadelas de planetas enanos como Lory, Katsavan y Herui, que albergaban a cientos de miles, aunque esta sería muy cómoda para recibir con gusto a los principales funcionarios de la Corte Imperial. Terminé cansado pero feliz, puesto que había conseguido lo que se me encomendó. Inmediatamente después, redacté el mensaje que informaba lo relativo al cumplimiento de la misión. En él se detallaban datos específicos del planeta y la colonia,

así como algunos mapas. Todo esto lo enviaría a través del intercomunicador interestelar para notificar a mi Señor que ya podía trasladarse al que sería su nuevo hogar. Mientras aguardaba la respuesta y dado que el mensaje tardaría en llegar a su destino y ser respondido, hibernaba durante el lapso de dos ciclos, luego despertaba y me mantenía así durante una semana para verificar la llegada de una respuesta, en caso contrario volvía a hibernar. Ya que las máquinas no poseían la cualidad de entablar conversaciones, cuando estaba despierto me entretenía leyendo los textos literarios que traía conmigo. Entre estas obras selectas se encontraban: *Del detalle a la perfección*, del arquitecto Morax, *Un mundo, una vida*, del cónsul Gillian, *Un viaje maravilloso*, del explorador Holland, *Un trabajo encomiable* del ingeniero Jorgen, y mi favorita de entre todas *El Emperador en el Trono del Universo* del escritor Seratini, una obra que me maravillaba con su delicada prosa y grandilocuente argumento cuya historia giraba en torno a la coronación de un dios cuyo reino venía a ser el universo entero, un relato que el autor había especificado, se hallaba inspirado en la vida de su mismísima Majestad a la que ahora yo le preparaba su nuevo hogar. De esa manera pasé el tiempo, la armoniosa música ambiental de las edificaciones me relajaba y hacía mis sueños más profundos en el proceso de hibernación.



2

Quién me hubiera dicho que esperaría así durante ¡diez ciclos! Y el intercomunicador no mostraba la menor señal de una respuesta, comencé a creer que tal vez no vendría, en mi cabeza me preguntaba ¿por qué?, ¿acaso su Majestad no se presentaba porque consideraba que mi trabajo era insignificante? Quizás, debería de ser por eso... si el Emperador iba a venir, era claro que no lo haría solo con sus principales funcionarios, eso sería ridículo, estábamos hablando del principal gobernante de un imperio que se extiende a lo largo del cosmos, era algo que no había tenido en cuenta antes, ¡cuán estúpido que fui! Era evidente que él vendría con toda su Corte, por lo que una simple ciudadela como esta sería insuficiente para albergar a toda la Corte Imperial y algunos de los plebeyos que la acompañasen. Debía de concentrarme en construir una ambiciosa ciudad con la capacidad para albergar a millones de habitantes como lo sería una ciudad común del imperio. Fui al área de las máquinas para reactivarlas y así comenzar a trabajar.

Trabajamos sin parar, a cada tantos metros aparecen nuevos lugares sobre los que puedo edificar viviendas, comercios, parques, plazas, avenidas, canales y cuantas más cosas requiere una urbe. Estaba seguro que lo estaba haciendo bien, trabajaba y trabajaba hasta que conseguía terminar, de esta manera, me acercaba al intercomunicador y transmitía la noticia. Esta vez no tenía planeado esperar tanto tiempo, por lo que tomé de nuevo mis libros para distraerme leyendo. El tiempo pasó y permanecí sin recibir respuesta, así que me dirigí al intercomunicador a revisar si no había hecho algo mal. Lo revisé de aquí allá en busca de algún posible fallo, sin embargo, todo se encontraba en su sitio. Medité a profundidad para comprender por qué no había conseguido lo esperado, pensé que posiblemente, a alguien como el Emperador no le agradaría presentarse con toda su pompa ante tan feúcha ciudad. Así que comprendí que, efectivamente, no había terminado mi trabajo, pues toda mi obra se había centrado en la practicidad y no en la belleza que mi soberano suele apreciar. Por lo que haciendo hincapié en el libro de arte

clásico *Del detalle a la perfección*, me decidí por embellecer con nuevas formas y sonidos mis estructuras, algo que solo sería posible siempre que tuviese los recursos apropiados, de manera que me vi obligado a instalar más máquinas extractoras y fábricas procesadoras, con sus respectivos centros de energía, pudiendo obtener así cobre, acero, oro, magnesio, sodio, azufre, magnetita y un largo etcétera, así como varios huertos internos para la obtención de distintos tipos de madera.

Me entretuve de un lado a otro elaborando hermosos palacios, jardines y monumentos de estilo barroco donde los altos nobles pudiesen habitar, pasear y maravillarse con la discreta mirada y el sonar de la música que ahora entonaba sonatas. Al mismo tiempo, retoqué cada avenida, parque, centro de reunión y morada para que no desentonara dramáticamente con los edificios más bellos, a la vez que fuera capaz de modular tocatas para agradar al oído. Pero sobre todas las cosas, dediqué mis mayores esfuerzos a construir tal palacio para mi Monarca que fácilmente podría confundirse con morada de divinidades.

Luego de semejante trabajo, terminé tan exhausto, que decidí sumergirme quién sabe cuánto tiempo en hibernación. Cuando la inteligencia artificial de la base me despertó, me sentí bien descansado, por lo que no me apeteció continuar el sueño, entonces, me dediqué a releer tantas veces las obras literarias que traía conmigo, que comenzaron a mostrar signos de desgaste. Aburrido, intenté charlar con los robots que deambulaban por la ciudad a la espera de visitantes, pero su vocabulario se reducía a breves cortesías, por lo que rápidamente desistí. Viajaba de un lado a otro de la ciudad danzando al son de la música, hasta tal punto que logré memorizármela, pero fue en ese momento, habiendo observado cada rincón, que fui sintiendo la ciudad chica, ¿qué sentido tenía construir una urbe sin un territorio sobre el que pudiera extender su dominio?, ¿qué es una ciudad sin un Estado? Al principio solo eran preguntas que me hacía, pero conforme avanzó el tiempo y el maldito interlocutor siguió emitiendo silencio, no hice más que dudar. Tal vez tendría razón, mi ciudad no podría ser considerada como tal sin un Estado sobre el que asentarse, por lo que decidí llevarlo a la práctica, construiría sobre unos quince mil kilómetros cuadrados, así tal vez podría recibir la atención de mi soberano de una vez por todas.

3

Para conseguir la titánica labor que me había propuesto, no me bastaba con los medios que tenía, de manera que administré múltiples recursos en la fabricación de maquinaria de trabajo más pesada que pudiese tolerar tal ritmo. De igual manera, dupliqué el número de robots que tenía gracias a los robots replicadores, haciendo que además estos recibieran reformas para que pudiesen trabajar mejor. Les añadí algunas líneas de voz a muchos, para que hicieran del espacio de trabajo y convivencia un lugar más ameno. Una vez hecho eso, fui organizando a las máquinas por grupos y las dividí a lo largo de la región para establecer nuevas colonias, expandirlas y transformarlas después en ciudades, a la vez que trataba de conectarlas mediante diversas vías. Terraformé con mayor intensidad el entorno sobre el que se agruparían las urbes, interviniendo el suelo y la atmósfera, permitiendo que así crecieran algunas especies de plantas. Simultáneamente, inicié el proceso de introducción de organismos biológicos para acelerar la terraformación, embellecer el paisaje y estuviesen listos para ser consumidos a la llegada de los futuros residentes. Me concentré tanto en hacer todo bien, que había perdido por completo la noción del tiempo, ni siquiera estaba seguro de cuántos ciclos pasamos construyendo, alguna que otra vez hibernaba para descansar, pero lo hacía de forma irregular, por lo que no tuve un control del tiempo, para mí fue como un destello. Me sentía igual que el protagonista del libro *Un trabajo encomiable*, un mecánico prodigio que viéndose aburrido en su taller, había terminado creando el motor Xuluan con el que ahora las naves viajaban a través del espacio mucho más rápido, puesto que yo había conseguido una labor envidiable para cualquier otro ingeniero, pero que para mí había pasado como un rayo. Sin embargo, cuando me animé a comunicarlo, sin saber por qué, presentí que nadie me respondería, dudé si comunicarlo a tal punto que pregunté a algunas máquinas qué debería hacer, aunque sus respuestas dejaban en claro que no comprendían a consciencia la pregunta formulada, no obstante, yo tampoco sabía a ciencia cierta qué sentido tenía enviar un mensaje que muy posiblemente no recibiría contestación como hasta ahora. Lo pensé y pensé, las cosas se veían mucho mejor que antes, ya había algunas ciudades repartidas por el



continente, podía ser que ahora sí obtuviese respuesta, de manera que fui al intercomunicador y envié el nuevo mensaje. Entonces... ¡oh, vaya que tuve razón!, el maldito intercomunicador se quedó callado como siempre. No podía más que sentirme abatido, ¿para qué había venido aquí, si nada de lo que hacía era suficiente?

Medité y medité durante días y noches, hasta que pude llegar a percatarme de que el supuesto “Estado” que había elaborado era tan solo una pequeña parte del planeta, de ahí que me preguntara: ¿a esta pequeña provincia le decía Estado?, ¿así esperaba que su Majestad se plantease venir?, ¿en serio esto era todo cuanto podía conseguir?, ¿me había matado estudiando por años con la intención de sobresalir sobre todos mis incipientes compañeros, para que consiguieran reconocer mi trabajo en la Corte Imperial, y una vez se me había encomendado algo así de importante tan solo era capaz de lograr esto? ¡Qué maldita decepción! No podía más que sentir pena por mí si alguien pusiese un pie en este planeta y observase tan mediocre labor. Esta vez tenía que construir sobre todo el continente, tenía que hacerlo habitable si quería que se dignasen en responderme, si quería llamar su atención.

Más motivado que nunca, me volví a sumergir en el trabajo, sin embargo, esta vez el número de máquinas que tenía me pareció insuficiente, por lo que ordené a los replicadores triplicar el número de robots, y a estos les encargué la construcción de más máquinas extractoras y fábricas procesadoras, pero para hacer esto posible la energía de la que disponía se volvió insuficiente, en consecuencia, tuve que empezar a crear grandes centrales nucleares con sus respectivas plantas de tratamiento de residuos radiactivos. Una vez logrado me dediqué a construir ciudades de aquí a allá mientras iniciaba grandes proyectos de terraformación con el fin de fortalecer la atmósfera y ganarle amplio terreno a los vastos desiertos del planeta. Creé plataformas de lanzamiento para disparar a órbita múltiples satélites para crear una red de comunicación entre las ciudades y conseguir posicionar atractores de asteroides para acercarlos y extraer el agua congelada que en su interior guardaban. Igualmente, modelé el relieve de la superficie en algunos lugares para que fuesen más atractivos a la vista, en este proceso, descubrí que se podía llegar a encontrar agua en estado líquido en el subsuelo, por lo que sin dudarlo inicié su extracción y derretí los polos para que así fuera posible convertir las grandes depresiones en océanos. Expandí los bosques que había

sembrado, regulé la temperatura y aumenté el oxígeno. No obstante, conforme trabajaba, algo dentro de mí me hacía sentir que nunca era suficiente, ¿era suficiente algo así para la inmensa gloria del Emperador?, ¿o era este el deficiente trabajo de alguien no calificado para construir la residencia de su altísimo soberano?

Entonces, lo que en un comienzo había sido mi proyecto de asentar el Estado sobre todo el continente, lentamente se fue extendiendo hasta abarcar otros continentes. Con el pasar de los ciclos, los desiertos pasaron de dominar el horizonte, a estar reclusos a pequeños espacios regados por el mundo, las ciudades poblaron la superficie de Sedis Nova cada tantos kilómetros y yo seguí y seguí construyendo, haciendo más inteligentes mis máquinas para que fuesen más autónomas y multiplicándolas cada vez que lo requerían, a tal punto que destiné a los robots replicadores replicarse a sí mismos para poder acelerar el proceso de seguir creando más máquinas. Elaboré deslumbrantes paisajes como los descritos en el mundo de *Un viaje maravilloso*, así hasta que no quedó ninguno sin hacer, así hasta que las ciudades se fueron transformando en centros de actividad robótica; hasta que el aire en todo el planeta se volvió respirable, la temperatura y el ambiente agradable, hasta que los animales pudieron pasearse libremente por el mundo. Entonces me di cuenta de que ya no podía seguir construyendo, que, de alguna manera, había conseguido construir sobre toda la superficie del planeta. Y si a pesar de todo cuanto había hecho, con los años de mi vida me había embarcado en esta colosal obra, con la magnificencia que le había brindado a cada ciudad, con los bellos paisajes que se admiraban por cada región; si aun así el Emperador no había respondido, entonces significaba que algo faltaba.



Es aquí donde me encuentro, después de pasar un tiempo perdido en mis pensamientos, terminé por regresar al lugar donde comenzó todo, donde se supone que recibiría al ilustre, me percaté de que ya no se veía tan magnífico como otrora. Se supone que esta ciudad sería la capital, no solo del mundo, sino de todo el Imperio Universal, por lo que debía de ser la ciudad más grandiosa jamás creada. Comencé a dedicarme con ahínco a pulir cada edificio y recoveco, añadiendo grecas y cuantos ornamentos se me ocurrían, modificando sus estructuras para permitir que ahora los edificios entonararan grandiosos conciertos y sinfonías de manera que cualquiera que se hallase presente se sintiera maravillado, como si de la obra de Seratini se tratase. Y así llegué al Palacio de mi Señor, y le di tal majestuosidad que ningún otro lugar en el Cosmos se le comparase, haciendo que entonara una divina suite que deleitara profundamente el oído de todos cuantos se acercasen. Sin embargo, al hallarme retocando los últimos espacios del Palacio, me di cuenta de que había algo que todo este tiempo me había faltado, algo que debía de haber estado allí desde un comienzo, pero que por alguna razón no había elaborado, y es que faltaba el trono para mi soberano, sorprendentemente me había olvidado por completo de construirlo, por lo que me embarqué en elaborar un trono que representara a la perfección el lugar desde donde gobernaría el que se hacía nombrar como Emperador del Universo. Al final me ha quedado tan bello, imponente y soberbio que nunca será posible replicarlo. Lo he hecho de tal manera que emite música etérea capaz de dejar absolutamente perplejo a cualquiera que se le acerque como si se trasladase a otros planos de la existencia. Pero, es aquí cuando me ha surgido un pensamiento que me hace preguntarme seriamente si todo cuanto he hecho no ha sido para eso, si todo el tiempo y esfuerzo que he invertido a tal punto que el cabello se me ha vuelto gris y los huesos débiles, no había sido preconcebido desde un comienzo para conseguir aquello. ¿Y si el Emperador no existía?, ¿y si todo este tiempo había trabajado para consolidar mi propio poder?, ¿tenía derecho a sentarme sobre aquel trono? No, eso no podía ser, pero, ¿y si sí? Al fin y al cabo tenía que ser ocupado por alguien, algo esencial le faltaba si estaba vacío. Debía de ser

mi responsabilidad terminar aquello que había comenzado, ¿no? Sí, claro que sí, debía de serlo, era mi responsabilidad.

Entonces el único hombre en Sedis Nova mandó a llamar a cuantas máquinas habían trabajado para él, cientos de miles se presentaron en el Palacio Imperial. Aquel les había ordenado traer incluso los restos de todos los robots que se habían estropeado en aquellos largos años. Las máquinas pasaron, inclinándose a manera de reverencia y arrojando por el suelo los restos de los robots estropeados, como símbolo de que hasta las máquinas muertas se subordinaban ante aquel que se había nombrado como su nuevo soberano legítimo. Por órdenes suyas, una a una iba acercándose a rendirle pleitesía al Emperador en el Trono del Universo.





El soundtrack de la CDMX

Taide Puentes
(Escritora invitada)

I. EL GRAN PERSONAJE DE LA CIUDAD DE MÉXICO ES LA CIUDAD MISMA. CARLOS MONSIVÁIS

Monsiváis era un fiel amante de la Ciudad de México, la capital del caos. El monstruo de concreto resulta indescrip-
tible para los ojos ajenos. ¿Cómo podríamos explicarle a un
visitante que en el Zócalo hay chamanes ofreciendo limpiar tu karma
y mejorar tu suerte frotándote el cuerpo con hierbas medicinales,
seguido de un escupitajo de alcohol en la cara? ¿O cómo narraríamos
la ironía de los vendedores ambulantes ofreciendo piratería frente
a Palacio Nacional? Lo dijo André Breton: “México es el país más
surrealista del mundo”.

La ciudad es un cosmos que desde la distancia parece funcionar
de milagro. Pero quienes la habitamos sabemos las dificultades a las
que nos enfrentamos todos los días; encontrar dónde vivir es una
odisea, las distancias son cortas, pero el tiempo de traslado es eterno;
los coches no tienen vías alternas para circular porque hasta las rutas
rápidas son estacionamientos continuos y dos pisos no bastan para la
cantidad de carros, es gracias al ingenio de los ciudadanos que la enorme
esfera gris sigue girando.

La Ciudad de México rebasa el realismo mágico latinoamericano
que nos narró García Márquez en sus historias. Él, por cierto, fue otro
cautivo de la extrañeza de la ciudad y su suelo lo vio morir. Los edifi-
cios que la visten se han caído a pedazos más de una vez y su gente al
ritmo de “cielito lindo” los ha levantado. Todos los que aquí vivimos
sabemos que caminamos sobre agua. La ciudad de la esperanza, la

de posibilidades infinitas, la de la nostalgia. La eterna promesa de progreso, el pantano gris nublado por el smog, donde la gente baila al ritmo de Los Ángeles Azules sin importar la delegación.

II. DONDE LAS PALABRAS FALLAN, LA MÚSICA HABLA. HANS CHRISTIAN ANDERSEN

Los conciertos son un punto de encuentro dentro del cosmos que representa la ciudad, aquí nació el Vive Latino, el Festival de Rock Iberoamericano más importante de Hispanoamérica, fungiendo como la válvula de escape de la juventud rebelde de los años ochenta, donde hasta ahora se reúnen punks, rockeros y cumbiancheros para celebrar a través de la música.

Los conciertos ya no son lo mismo, por lo menos no para quienes vivimos en un país feminicida, donde una mujer es asesinada cada dos horas y media, donde se les apagan los ojos a once mujeres al día. Disfrutar se ha vuelto una cuestión de suerte. Antes solo nos preocupaba el cansancio de bailar, tener tiempo de correr de un escenario a otro para ver a los grupos favoritos y la cruda del día siguiente. Ahora tenemos que pensar qué ropa vamos a llevar para sentirnos seguras, nos da miedo tomar aun rodeadas de amigos y tenemos que planear el regreso a casa porque las posibilidades de no llegar son altas. El festival era un lugar en el que la música te conectaba a otra realidad en la que todos existíamos en la misma frecuencia, hoy nosotras transitamos con el volumen bajito para estar alerta de los peligros que se filtraron en el espacio que antes era mágico. Todo el tiempo estamos pendientes de lo que pasa a nuestro alrededor, mientras, de fondo escuchamos nuestra canción favorita, ahora ya no a todo volumen pues la violencia ya no es algo que los jóvenes vemos ajeno, ha rebasado cualquier límite y se alimenta de la negligencia del Estado, ya no existen lugares seguros para nadie. Recuerdo una de las primeras ediciones del Vive Latino, al final de la noche mis amigas y yo encontramos a una chica tirada en la entrada de los baños, en estado semiconsciente, todos pasaban de largo, nosotras conscientes de la vulnerabilidad en la que vivimos,

la cuidamos mientras alguien de su casa iba por ella. Hoy me cuestiono si actuáramos así, no porque entre mujeres ya no nos cuidemos; sino porque protegernos unas a otras no está siendo suficiente; ahora tenemos tanto miedo de ser las siguientes en la lista que estamos abandonando los espacios públicos. Cada día nos hacemos más pequeñas, buscando ser invisibles para el monstruo que se esconde en cada esquina de esta fría ciudad.

III. EL METRO ES LA IMAGEN DEL MUNDO FELIZMENTE SUSPENDIDO ENTRE LA ESTACIÓN GÉNESIS Y LA ESTACIÓN APOCALIPSIS. CARLOS MONSIVÁIS

Cuando era niña amaba el metro de la CDMX, me parecía el gusano más veloz del mundo, en una hora y dos transbordos estábamos en casa de mi abuela que vivía al otro lado de la ciudad. "Súbete rápido y no te agarres de los tubos que están sucios", me gritaba mi mamá desde la puerta, mientras corría ansiosa a subirme porque las personas detrás de mí empujaban sin importarles mi tamaño. Yo apretaba en el bolsillo de mi pantalón la moneda de cinco pesos que mi papá me daba una noche antes, para comprarme cualquier cosa que se subieran a vender al vagón. Mi corazón revoloteaba cuando en la cola del tren sonaba la canción de moda a todo volumen, eso significaba que el vendedor ambulante se había subido y en cualquier momento llegaría hasta mi lugar, la incertidumbre de saber qué vendía me hacía sudar la mano y el contacto con el dinero me producía picazón. De repente frente a mí aparecía un joven con su mochila colgada en el pecho, ofreciendo peines, audífonos, libretas o dulces, todo a cinco y diez pesos. La adrenalina consistía en comprar.

En las diferentes etapas de mi vida, el metro siempre fue para mí la forma más segura de moverme, si me perdía solo tenía que tomar el tren de regreso. Muchas veces fui a parar a colonias desconocidas; la solución era regresar y abordar una línea familiar. A mediados del año pasado, en las redes sociales, se viralizaron una serie de videos. Mostraban a jovencitas dentro de los andenes del metro intentando

huir de hombres a los que decían no conocer. Hombres que simulaban discutir con ellas; si alguien se acercaba a intervenir, ellos decían ser el padre, el novio el amigo, con el fin de sacarlas a la calle y llevárselas. El tiempo hizo que me olvidara de este problema. Jamás imaginé que me pasaría a mí.

Mis amigos viajaban desde distintas ciudades de la República para mantener viva nuestra tradición de adolescentes: ir al Vive Latino cada año. Llegó el día del festival: salí de mi casa a las seis de la tarde, caminé sin prisa a la estación del metro más cercana, no tuve que esperar mucho, el tren y yo llegamos sincronizados. Me subí con mi mochila colgada al frente, con mis audífonos puestos, lista para buscar un asiento; como de costumbre me senté cerca de la puerta, pues la idea de que se llene y no me dejen bajar me aterraba desde niña. Saqué mi libro y abracé mi mochila. Detrás de mí subió un joven, se paró a mitad del vagón y comenzó a hablar, dijo ser centroamericano, pidió ayuda para poder comer, según contaba tenía meses estancado en nuestro país, yo traía mi dinero escondido en mis tenis así que voltee a verlo para decirle que no, él me sonrió y yo seguí concentrada en la música de mis audífonos y en mi libro.

Me bajé en la estación Centro Médico para transbordar, no me di cuenta de que el chico también bajó, hasta que lo vi delante de mí, no quise pensar mal, pero me puse alerta y empecé a caminar más rápido, me convencía de que estaba segura, estaba en una estación del metro. Hice la finta de que me dirigía a Tacubaya y no a Pantitlán, el hombre me siguió, ahí comencé a asustarme un poco, mis manos me sudaban como cuando apretaba la moneda de cinco pesos en mi mano, traté de mantener la calma para estar alerta, el miedo apenas era perceptible. Dentro del trayecto subterráneo del tren no hay señal para los celulares, en cuanto pude le mandé un WhatsApp a mi amigo "entra por mí al vagón un wey me viene siguiendo".

Me formé en la fila de espera para abordar la siguiente línea, él se formó detrás de mí, se acercó y me apretó el hombro, le aventé la mano y me moví para pedirle ayuda a una pareja de señores de la tercera edad, la señora me ofreció ponerme en medio y subir todos juntos al vagón que en ese momento se estacionó frente a nosotros, mi acosador se subió dos puertas atrás. No me di cuenta en qué momento el instinto de supervivencia me abandonó, lo único que quería era

desvanecerme. Mientras mis manos me picaban por el sudor y el temblor no me dejaba escribir, tecleé desesperada el número de mi amigo, repetí la sentencia y comencé a llorar, una chica parada frente a mí me tomó la mano, me mostró que traía un paraguas como si supiera que nos tendríamos que defender, la llamada se cortó antes de que mi amigo respondiera algo, mi acechador caminaba tranquilamente entre los pasajeros, con una sonrisa cínica, sabedor de su poder sobre mí. La chica de la sombrilla se ofreció a bajar conmigo en la estación Unidad Deportiva la que me llevaría directo al Foro Sol, le di las gracias y le dije que bajaba en la siguiente, donde ya había alguien esperándome. Ella se bajó y yo me hice chiquita junto a la puerta esperando a que se abriera, en cuanto sonó el timbre mis sentidos se aguzaron, estaba lista para ver a mis amigos y encarar al depredador, por la adrenalina tardé en darme cuenta, me bajé en un lugar desconocido, estaba extrañamente solo para ser días de festival, una señora a lo lejos limpiaba los pasillos, nadie más bajó del tren en la estación Puebla, antes del cierre de puertas mi depredador también bajó y me sonrió. El miedo me hizo correr, sentía cómo mis piernas se derretían y que mis rodillas se paralizaban, el túnel a la salida parecía infinito mientras a mis espaldas se escuchaba un silbido, antes de perder el control alcancé a ver una gorra de un policía y grité ¡AYUDA! El policía vino hacia mí, yo no podía hablar ni dejar de temblar, el chavo comenzó a correr en sentido contrario. Me tomó varios minutos tranquilizarme y poder decirles a los oficiales que me venían siguiendo, cuando me recuperé por completo me di cuenta que me bajé en la estación incorrecta, el miedo me nubló el pensamiento, tomé todas las decisiones equivocadas. Una señora me vio llorando con el oficial, se acercó a ver qué ocurría, al escucharme se ofreció a entregarme con mis amigos. Yo solo asentí, me tomó del brazo, todo mi cuerpo vibraba de coraje, ¿cómo era posible que entre tantas personas me hubiera podido acorralar, por qué nadie lo detuvo, qué hubiera pasado si esa noche no había policías al final del túnel? Cuando veía algún tipo de noticia sobre las desapariciones forzadas en el país, tenía la ingenuidad de opinar sobre lo que yo haría para defenderme; y nada de lo que planeé con la cabeza fría pasó esa noche.

IV. NUESTRO GRITO DE GUERRA, SÍ SE PUEDE, ES UN RECORDATORIO DE QUE LOS NUESTROS CASI NUNCA HAN PODIDO. JUAN VILLORO

Entramos al festival con otra actitud, mi amigo, el único hombre entre las tres mujeres, estuvo alerta todo el tiempo. Yo no recuerdo ninguna presentación: no tomamos registro en fotos o video, nos dio miedo sacar los celulares. Sin separarnos nos movimos de escenario para ver a mi cantante favorita, verla me provocó más llanto, esa noche pude no haber estado ahí, ahora había experimentado en carne propia el peligro que corremos por el simple hecho de ser mujeres.

Al verme llorar con todos los sentimientos que se arremolinaban en mí, mis amigos me abrazaron y comenzamos a sollozar, porque eso hacemos los mexicanos, llorar ante la impotencia, la injusticia y la impunidad que gobierna este país. Esa noche tenía que agradecer haber corrido con la suerte de encontrar a un policía que decidió ayudarme a mí y no a él, agradecer a las señoras que se arriesgaron y me acompañaron como si fuera su hija, a la chica del paraguas por estar dispuesta a luchar. Agradecer, para los mexicanos, se ha convertido en un consuelo, agradecemos regresar a casa y no desaparecer: como los más de 109 000 ciudadanos que no regresaron con sus familias, le agradecemos al ratero que no nos haya matado “solo fue el susto” nos decimos, no importa lo material, no importa que te roben tu paz, no importa que tú seas el que se adapte a vivir entre la violencia, lo importante es que estamos vivos.

Agradecemos todos los días que no nos maten.

Salimos antes de que terminara el concierto buscando un taxi barato.

Regresar en metro como los años anteriores no era opción. De fondo, en un puesto ambulante de playeras piratas, sonaba:

Pachucos cholos y chundos
Chichinflas y malafachas
Acá los chompiras rifan
Y bailan tibiri tabara
Ahí va la chilanga banda...

.....
ÍNDICE
.....

4

FRAGMENTO II

Ollin Villalon Villarreal

8

EL ANIMITA

Luis Alfredo Estrada García

16

TARDE DE LLUVIA

José Guadalupe Maya Muñoz

20

LO QUE EL EMPERADOR ORDENA

Alan Carmine

36

EL SOUNDTRACK DE LA CDMX

Taide Puentes (escritora invitada)

Mundos diversos: cuentos de jóvenes narradores se
terminó en marzo de 2026 en Morelos, México.
Para su formación se utilizaron las familias
tipográficas: Cormorant Garamond y Cadfile.

En este compendio de voces jóvenes, cada página nos muestra la creatividad en su estado más puro. Estos textos, frutos del esfuerzo y la dedicación de los talentosos emergentes, nos ofrecen una ventana a múltiples universos: desde la inquietante sombra de las apariciones extranormales, hasta la cotidianidad de una tarde de lluvia. Cada relato es un testimonio de la valentía que conlleva plasmar pensamientos y emociones en palabras, de la pasión por contar historias que reflejan tanto el mundo que nos rodea como la esencia de quien escribe.

Cada relato es un hito, una promesa de que las voces aquí reunidas son valiosas y necesarias. Recordemos que la escritura es un viaje sin fin, lleno de descubrimientos y crecimiento.

Taide Puentes



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS



DIRECCIÓN DE
CULTURA



Talleres de
literatura